

JAIME BARRERA PARRA

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

El crepúsculo de enero del año de 1935 vio extinguirse la vida de Jaime Barrera Parra, uno de los espíritus más selectos que ilustraron el periodismo colombiano. Fue elemento de selección original dentro del común trajinar de las máquinas y las rotativas que esparcen el pensamiento a través de los periódicos por todos los ámbitos voraces del país. Su cielo santandereano se reflejaba en todos sus castizos decires, y enamorado de su ambiente estelar que huía siempre del señor burgués que se llama "El lugar Común", encontró la muerte exótica como sus metáforas, en una absurda tragedia en Medellín, que al mismo tiempo representa un símbolo irónico en los umbrales del misterio: El "cielo" raso de un teatro cayó sobre él y lo cubrió como una mortaja venida de lo alto!

Así se extinguió esa preclara vida hace veinticinco años, que se cumplieron este 28 de enero. El pudo decir como en la divisa d'anunziana que llegó a vivir la vida conforme a su propio sueño. Al recorrer las páginas de la revista "Motivos" en donde el campeador literario hizo una de sus primeras salidas, tal vez el literato novel quería fugarse de sí mismo porque en los meandros del campo de la exuberante provincia nativa no estaba él de cuerpo presente. El espíritu inconforme iba en tránsito de fuga hacia otros ideales. De allí sus viajes por Europa en busca de estudios para manejar el escalpelo o la receta doméstica, que al regreso, cambió el primero, por el "estilo" que en muchas ocasiones, por gracia de la metamorfosis, tan cara o Ovidio, se transformaba propiamente en buril o cincel para la cantera brillante del vocablo.

Muy pocos escritores como él supieron hacer del momento fugaz del comentario, el permanente sentido de las proporciones, ya que tuvo el privilegio de poder encontrar en el tema escogido, el abscóndito palpitar de la idea novedosa fabricada con palabras precisas del concepto, pero que a los comunes obreros de la pluma se escapaban por lo sutiles o por demasiado profundas. Con esta experiencia literaria llegó al milagro de ser exótico sin rebuscamientos, raro sin estridencias y profundo sin la oscuridad de las aguas turbias.

Tuvo Barrera Parra el "sabor de la tierra" y penetró en el alma de las cosas; fue el conquistador de la palabra fugaz que la dejó grabada en sus hojas como una mariposa de luz propia. La dispersión de sus motivos,

como podría decir al recordar su vieja revista, no era en él un defecto, como no lo es el hecho de que el diamante luzca sus innúmeras facetas. Las "Notas del **Week-End**" que dominicalmente publicaba "El Tiempo", de cuyas páginas literarias fue director por varios años fueron antologadas en 1933 en el volumen VI de la "Biblioteca Santander" que recogió apenas cerca de cincuenta, como una ligera muestra del valor intelectual de uno de sus mejores literatos. Carlos Vesga Duarte escribió allí una ligera biografía poliédrica, del ingenioso hidalgo de las breñas santandereanas saturadas de historia y de leyendas. Al leer esa página recordatoria, se presenta Jaime de cuerpo entero, porque las frases iniciales tienen el prodigio del pincel: "Este Barrera Parra con su cara exótica, su hosca apostura y su voz agudamente suave, cuán sugestivo personaje aparece".

Pero fuera del colorido del retrato, él mismo sin pretenderlo, se hizo uno mejor y definitivo al recordar a Rendón, el genial caricaturista que estuvo tan ligado a nuestra vida de la dorada bohemia de otros días. Quien pretenda entrar en el alma del escritor santandereano, que vea como una especie de "week-end" espiritualizado y palpitante, la teoría de conceptos sobre su estudiado artista.

Y para que nos demos cuenta del valor extraordinario de la pequeña selección que el cariño de su tierra la hizo libro, recojamos sus propias palabras iniciales, en donde se verá el palpar de la imagen nueva, de la metáfora coruscante, del símil sutil o de la cabrillante alegoría, cómo se introduce él mismo en la mirada del lector afortunado: "Este libro es un ferrocarril de parque americano, uno de esos trenes jocosos que sirven para amortizar el domingo suscitando la fácil alegría de los parroquianos. Este libro acarrea un surtido de imágenes que yo he pescado por las escasas rutas del mundo por donde me ha sido posible transitar... Posee una óptica ratoncillesca que permite ver el detalle. Por los suburbios he aprendido el arte orgulloso de ser humilde... He sido un esclavo de los paisajes. Para mí el paisaje rural es un pañuelo que me acaricia la frente encendida y me devuelve el sentido fresco de la vida". Más adelante explica que siempre se ha sometido a la terapéutica de la imaginación pero esta no es sino relámpagos o botafuegos. Será —dice— este libro grato a Emilio Murillo, porque a través de sus páginas se escucha un tiple de la tierra que él ha vivido y se ha compenetrado con ella y por eso exclama: "Desde este punto de vista, estas hojas serán un poco autobiográficas"; y toda esa sucesión de temas y motivos, arropadas en una prosa cimbreante y novedosa, "trotará" por su libro que él llama descuadrado y sin pulso, pero que nosotros vemos sobre él, al hidalgo caballero estructurado a la manera antigua, pero montado en un nuevo corcel de elegante andar por los caminos de la moderna literatura colombiana.